

ARTIGO | *PAPER*

LA HUELLA INVISIBILIZADA, LA PARTICIPACIÓN DE LOS AFRODESCENDIENTES EN LA CONQUISTA, EN LA FUNDACION DE CIUDADES, EN LAS GUERRAS CIVILES Y DE INDEPENDENCIA

Iván Pabón Chalá^a

^a Docente en la Facultad de Educación Ciencia y Tecnología (FECYT) de la Universidad Técnica del Norte, Ibarra, Ecuador. E-mail: paboni2005@yahoo.es

RESUMEN

El presente artículo tiene como objetivo evidenciar la participación de los afrodescendientes en la conquista, en la fundación de algunas villas y ciudades, en las guerras civiles y en la independencia del actual Ecuador. Hechos que las generaciones presentes los desconocen porque en la escuela no se enseña a los niños debido a que no han sido incorporados en la historia oficial de nuestro país. Su participación es una huella innegable y la vez invisibilizada, es una deuda que todavía mantienen no solo los historiadores y gobiernos de Ecuador sino de Latinoamérica. Los hallazgos muestran que los afrodescendientes llegaron, indiscutiblemente, con los conquistadores y que su participación en los acontecimientos indicados fue decisiva.

PALABRAS-CLAVE

afrodescendientes, participación, conquista, independencia, guerras civiles, fundación de villas y ciudades.

ABSTRACT

The objective of this article is to demonstrate the participation of Afro-descendants in the conquest, in the founding of some towns and cities, in the civil wars and in the independence of current Ecuador. Facts that the present generations are unaware due in the school is not taught to children because they have not been incorporated into the official history of our country. Their participation is an undeniable and at the same time invisible footprint, it is a debt that is still maintained not only by the historians and governments of Ecuador but also of Latin America. The findings show that Afro-descendants arrived, indisputably, with the conquerors and that their participation in the events was decisive.

KEYWORDS

Afro-descendants, participation, conquest, independence, civil wars, founding of towns and cities.

COMO CITAR ESTE ARTICULO

PABÓN, Iván. La huella invisibilizada, la participación de los afrodescendientes en la conquista, en la fundación de ciudades, en las guerras civiles y de independencia. *Cadernos do Lepaarq*, v. XX, n.40, p.305-323, Jul-Dez. 2023.

INTRODUCCIÓN

Los conquistadores para llevar a efecto su empresa trajeron cientos de peninsulares para la conquista y sometimiento de los pueblos aborígenes de América; en esta empresa también participaron los ancestros africanos, hombres y mujeres que por supuesto, su valor, su fuerza y resistencia física fue un gran aporte para consolidar los triunfos no solamente en la conquista sino también en las guerras civiles e independencia. Estos aportes han sido minimizados, ocultados e ignorados por los historiadores coloniales; es a partir del siglo XIX que se empieza a estudiar de manera crítica la historia escrita por cronistas del siglo XVI, XVII y XVIII. Entre estos críticos aparecen algunos apasionados por el tema de la negritud como José Antonio Saco (1879) y los piadosos religiosos: Federico González Suarez (1890), Juan De Velasco (1841) entre otros del siglo XIX, pero es el siglo XX que se profundiza el tema de la afrodescendencia.

La participación de los afrodescendientes en la conquista, en la fundación de ciudades, en las guerras civiles y en la independencia del actual Ecuador, es un hecho que se constituye en una huella innegable y, paradójicamente, también invisibilizada. Los cronistas e historiadores resaltan y engalanan a los que estuvieron al mando de los ejércitos, tanto de los patriotas o libertarios como realistas, pero no hacen referencia a los que realmente estuvieron en la línea de combate.

Este artículo propone visibilizar la participación de los afrodescendientes en los tres hechos referidos. La idea de escribir nace de mirar que en el mes de julio de 2023 se conmemoraron dos hechos importantes en dos ciudades de Ecuador: Bicentenario de la Batalla de Ibarra (17 de julio 1823) y 489 años de la fundación de Guayaquil (25 de julio 534), acontecimientos que se celebraron por todo lo alto resaltando y glorificando a los personajes que estuvieron al mando de los ejércitos triunfadores en el caso de la Batalla de Ibarra y a los protagonistas principales en el caso de la fundación de Guayaquil. Consideramos justo rendir un homenaje a estas nobles ciudades, pero también es propicio y pertinente visibilizar a los “otros”, a los elementos faltantes como lo dice Bing Nevares (2020), a los grupos étnicos que no aparecen en los relatos, narraciones ni en los partes de las guerras de independencia, entre ellos a los afrodescendientes que sin ellos, como lo reconoce Enrique Ayala Mora (2004) en *Ecuador Patria de todos* “el Ecuador es inconcebible”, yo diría no solo en Ecuador sino en toda América.

Javier Gomezjurado Zevallos (2016), en las consideraciones finales a su trabajo sobre *Combatientes negros en la independencia de la región de Quito* comenta también que: “Es indudable que la participación negra en los combates, junto a los rebeldes y patriotas, fue decisiva para la consecución de la victoria definitiva sobre los peninsulares y para la libertad de las tierras americanas” (p. 23). Gomezjurado hace referencia a la participación en las guerras de independencia, pero esta dinámica fue también en la conquista y en las guerras civiles las cuales se esbozan a continuación.

PARTICIPACIÓN DE LOS AFRODESCENDIENTES EN LA CONQUISTA

Las personas africanas llegarían al Reino de Quito¹, conocido así antes de la conquista de los españoles, en 1534 junto con los conquistadores. José Antonio Saco (1879), asevera que el conquistador Pedro de Alvarado quien se desempeñaba como Gobernador de Guatemala en 1534, al conocer de la captura de Atahualpa y del botín de oro que obtuvo Gonzalo Pizarro, consiguió licencia del Carlos I (Rey de España 1516-1556) bajo el motivo de explorar nuevas tierras para engrandecer el poder del rey pero en el fondo, sintió envidia de Pizarro y siendo un hombre ambicioso y aventurero, no dudó en gestionar licencia del Monarca español para “explorar nuevas tierras”; además, fue informado que en Quito había mucho más oro que el obtenido por Pizarro en Perú. Una vez que obtuvo la licencia, organizó su viaje para ir a Quito: “armó una expedición de españoles, indios, y doscientos negros que acompañaban a sus amos. Salió de Nicaragua el 18 de enero de 1534” (Saco, 1879, p.165).

El dato que nos ofrece Saco, se lo puede leer por lo menos desde tres aristas: primera que los afrodescendientes no llegaron al actual Ecuador en 1553 como oficialmente se ha registrado y reconocido a partir de la obra de Cabello Balboa quien relata con abundante detalle la llegada de 17 negros y 6 negras a las costas de Esmeraldas, sino en 1534; segunda y quizá la más importante es que llegaron con los conquistadores, esto implica que fueron una fracción clave en el proceso de conquista y tercera, 200 es un número bastante significativo, estos serían los que someterían a los indígenas nativos para gloria de los conquistadores españoles.

En la conquista de Quito, González Suárez (1890) reconoce la participación de los negros en la última batalla de la resistencia indígena acontecida en las llanuras del Tiocajas, cercanas al volcán Cotopaxi entre el ejército de Rumiñahui y el de Sebastián de Benalcázar en julio de 1534; afirma que un negro fue muerto por los indios. Lo detalla en la cita a continuación, en la que una vez más se confirma la llegada de los africanos con los conquistadores: “... los negros llegaron al territorio ecuatoriano con los mismos conquistadores, algunos de los cuales vinieron trayendo sus esclavos. Un negro fue muerto por los indios en la famosa batalla de Tiocajas entre Benalcázar y Rumiñahui”, agrega que el desafortunado era un esclavizado del capitán Hernán Sánchez Morillo, y valía trescientos pesos de oro en la moneda de aquel tiempo (González Suárez, 1890, p.379).

PARTICIPACIÓN DE LOS AFRODESCENDIENTES EN LAS GUERRAS CIVILES

Las guerras civiles en el Ecuador, al igual que en la mayoría de los países hispanoamericanos, se dieron ya sea por ambición de poder o prepotencia y se llevaron a cabo tanto en la conquista como en la república; pero en este artículo se hace referencia al período de conquista.

Uno de los casos que nos lleva a evidenciar la participación de los africanos y afrodescendientes en las guerras civiles, es el siguiente: en el proceso de conquista y ampliación territorial

1 Luego de la conquista se llamó Real Audiencia de Quito, después de la independencia Departamento del Sur, de 1822 a 1830 que pertenecía a la Gran Colombia y desde 1830 República del Ecuador.

los conquistadores cometieron algunas atrocidades en contra de los indios de América, que luego de conquistarlos los sometían a esclavitud perpetua, y ante las denuncias, clamores y clemencias de fray Bartolomé de las Casas, el rey Carlos V envió como Virrey del Perú a Blasco Núñez Vela con un paquete de 40 ordenanzas tituladas *Nuevas Leyes de Indias y de Ordenanzas Reales*, emitidas en Barcelona el 20 de noviembre de 1542. Con estas nuevas disposiciones de protección a los indios y amplios poderes a su favor, Núñez llegó a “la ciudad de *Nombre de Dios*, llamada después Portobelo, el 10 de enero de 1544” (Velasco, 1841, p. 189). Estas ordenanzas y recomendaciones emanadas directamente de la Corona española, Núñez estaba ansioso por cumplirlas.

Sin ser parte de su jurisdicción aquella ciudad, Núñez, comenzó a ejecutar su poder, en palabras de Juan de Velasco (1841), confiscó el oro de los que pasaban del Perú a España, a pretexto que era el precio de los esclavizados vendidos. De paso por Panamá, “dio libertad a muchos esclavos peruanos, marcados con el hierro de sus Señores, y los hizo regresar a sus países. Desde allí comenzó a tener diferencias con los Oidores”² (p. 189). Por cumplir al pie de la letra las ordenanzas reales, fue estrictamente rígido, inflexible, terco e imprudente; ganándose el odio de los principales y de la gente más importante de las ciudades por donde pasaba: A su arribo a Tumbes el 4 de marzo, al publicar las “ordenanzas, y poniendo en libertad a los indios, levantó un grande incendio. Hizo lo mismo pasando a San Miguel de Piura, donde su modo y su aspereza, causaron mayor despecho que las mismas leyes. Levantó mayores alborotos en Trujillo” (Velasco, 1841, p. 189). Ingresó a Lima como el más odiado y aborrecido entre los hombres, entrando en discordia con los oidores.

Por todos los desatinos del Virrey, muchos instaron y escribieron a Gonzalo Pizarro de todas partes a Charcas donde se encontraba; viéndole a este como su única alternativa para librarse del nuevo e imprudente Virrey. Pizarro reusó varias veces, sin embargo, debido a tanta insistencia aceptó representarlos en contra de Núñez; para ello, el cabildo del Cuzco lo nombró su procurador, lo mismo hicieron los cabildos de Guamanga, Charcas y otros lugares. Con todo este apoyo, de forma perentoria, Pizarro armó un ejército de 400 hombres.

Conociendo estas noticias, el Virrey, también empezó a organizar su ejército y el principal refuerzo que esperaba era de la parte norte de Perú, de las provincias del Reino de Quito; pero estaba equivocado porque el capitán Gonzalo Díaz de Pineda, parcialísimo de Pizarro, era el teniente Gobernador de Quito. No obstante, Pineda cumplió la orden y conformó un ejército de 500

2 Juan de Velasco afirma en esta cita que el virrey Núñez “dio libertad a muchos esclavos peruanos [...] y los hizo regresar a sus países”. Si eran peruanos, debería decir que les hizo regresar a su país y no a sus países porque se entendería que los “eslavos” que los hizo regresar eran de diferentes países. Esta falta de precisión permite acudir a Francisca Barrera (2012), quien en su artículo titulado: “La idea de Historia en la *Historia del Reino de Quito de la América Meridional* del jesuita Juan de Velasco”, plantea que la obra del jesuita ecuatoriano es “un conjunto de noticias, tradiciones, costumbres e historias representativas del grupo criollo que formaron parte del devenir cultural” (p. 300). Para sustentar esto, hace un análisis bastante profundo en torno a tres aspectos: los paratextos, la relación entre la Historia Natural, la Historia Antigua y la Historia Moderna, y la tercera se centra en la Historia Natural, define su estructura interna, y la correlación entre sus divisiones; termina analizando el método de investigación que utilizó Juan de Velasco. Así, Barrera posiciona su idea de que la narración de Velasco en su obra *Historia Natural* contribuyó a la construcción de una identidad criolla en el Reino de Quito. En esta situación, la utilización de la obra del abate Juan de Velasco (1841) en este trabajo viene a ser como un elemento de comprensión de la narrativa histórica oficial de finales del XVIII.

hombres con los cuales el Virrey ya contaba con una fuerza de 1.000 adeptos; le nombró como general a su hermano Núñez de Vela (p.191). Pero el ejército empezó a desintegrarse, muchos, debido a su afinidad, se pasaron al ejército de Pizarro.

Núñez se vio debilitado y atrincherado en vista que ni siquiera contaba con el apoyo de los oidores; se refugió en Trujillo, pero no fue bien recibido por lo que tuvo que regresar a Lima y con la poca gente que tenía hizo cerrar todas las calles, entradas y salidas para evitar el ingreso de Pizarro, pero no le sirvió de mucho porque fue tomado prisionero el 18 de septiembre de 1544; duró en el poder siete meses. No faltaron personas que pidieran su muerte, sin embargo, considerando las suplicas del Virrey que pedía se lo enviase a España, Pizarro accedió y por no haber embarcaciones disponibles en ese momento fue introducido en una pequeña isla desértica cercana a Lima hasta que llegara algún barco. Después de muchos días de espera, pudo embarcarse en un pequeño navío; no obstante, por acciones inteligentes del Virrey, el oidor Cepeda se reveló contra Pizarro acusándolo de usurpador y traidor al Rey.

Se fortaleció Núñez y con el apoyo de Cepeda y con otros más preparó un ejército para doblegar a Pizarro; más este también reagrupó a su gente; con el cañón en la mira de los catorce oidores, logró ser nombrado Gobernador del Perú. Con este nuevo título y bajo juramento que fue posesionado por los oidores, Pizarro cumplió sus funciones a satisfacción de todos.

Mientras Pizarro gobernaba el Perú con mucho sosiego, Núñez fue consolidando su ejército y la guerra civil entre los huestes del Virrey y de Pizarro era inevitable, a pesar de las sugerencias de retornar a España que le hacían al Virrey, este hizo caso omiso y la batalla final se dio en Ñaquito en “la mañana del 18 de enero de 1546” (Velasco, 1841, p. 199), en la cual Pizarro fue el vencedor:

Declarada por Pizarro la victoria, huyeron los vencidos, y quedó mortalmente herido el Virrey con una lanzada que le dio un soldado Porres; mas sin ser conocido de ninguno, porque había disfrazado su armadura con un ropaje de indiano, pidió confesión y acudiendo el clérigo confesor de Pizarro, le preguntó ¿quién era? Haz tu oficio, le dijo el Virrey, que nada te importa el saber quién soy. Conócele finalmente un soldado, y avisándolo a Puelles, y Puelles al Dr. Carvajal, mandó este un negro esclavo á que le cortase la cabeza. (Velasco, 1841, p. 199)

Este hecho, muestra que en el ejército de Pizarro había negros esclavizados y al parecer eran hombres de gran valor y de confianza de los capitanes que, seguramente, les protegían y obedecían sus órdenes al pie de la letra. No cabe duda entonces, que los africanos y sus descendientes participaron activamente en las guerras civiles, contribuyendo en la mayoría de los casos a inclinar la balanza a favor de los vencedores, esto debido a que también participaron en los ejércitos de los vencidos, como se verá más adelante.

Concluida esta guerra, Pizarro se desempeñó con buen orden como gobernador de Quito y luego se posesionó de los reinos del Perú, para lo cual dejó a Pedro de Puelles en el cargo en Quito para pasar él a la capital de Lima.

Ya en esta ciudad, todos sus allegados más cercanos y lugartenientes le habían sugerido convertirse en monarca absoluto de estas tierras, rompiendo toda subordinación con España.

Francisco de Carvajal, quien siempre le había infundido esos pensamientos, en un largo escrito, le exhortó desde Charcas a que lo pusiera en práctica, sin perder más tiempo. A pesar de todas estas sugerencias, y debido a ciertas críticas de algunos políticos, Pizarro optó tomar un término medio con la intención de obtener el poder de una forma tenue, sin faltar a la obediencia al soberano. Resolvió mandar nuevos procuradores a la Corte de la Corona española, pidiendo le confirmen como gobernador y suspicazmente pensó que, si en el caso de su petición fuese denegada por el rey, tendría suficiente tiempo y argumentos para tomar la propuesta que le sugerían sus más allegados. Sin embargo, estaba equivocado porque al mismo tiempo que él pensaba cómo mantener su autoridad, la Corona fue informada de la prisión del Virrey y envió al licenciado Pedro La Gasca.

De acuerdo con Velasco (1841), La Gasca salió de España el 26 de mayo de 1546 y llegó a la ciudad Nombre de Dios el 27 de julio del mismo año. La información sobre este personaje que le llegó a Pizarro fue que era un religioso de triste figura con pocos años de servicio y que: “decía ir de Presidente de la real Audiencia de Lima, con los poderes del Rey para revocar las ordenanzas reales, que tanto habían alborotado el Perú por la imprudencia de Blasco Núñez” (p. 201).

La Gasca apenas arribó a Panamá y una vez enterado de los últimos hechos de Pizarro y el poderoso ejército que este tenía, empezó a trabajar en secreto: escribió a los cabildos de Quito, Nicaragua, México y al de isla de Santo Domingo pidiendo gente, caballos y armas. Adelantó a su fiel colaborador Pedro Fernández al Perú, con cartas para los cabildos notificándoles de su llegada y de la revocatoria, por orden real, de las leyes; también llevaba una carta credencial del Rey para Pizarro y otra personal mucho más larga en la que le exhortaba con muchas razones a deponer las armas y el gobierno y se pusiese en manos del rey; a cambio le otorgaba el perdón de los excesos cometidos y licencia para hacer nuevas conquistas.

Conforme con el relato de Juan de Velasco (1841, p. 204), Pizarro hizo llamar al oidor Cepeda, quien ni siquiera se percató de que las cartas eran verdaderas, sino que argumentó que eran astucias fingidas de La Gasca para engañarlo, por lo que Pizarro llamó a todos los principales para que las reconocieran y dieran su opinión libremente y les juró, sobre una imagen de la virgen de “Nuestra Señora” hacer y cumplir lo que ellos sugirieran. Convencidos que era una arguya, todos estaban pensando en qué lugar convenía asesinarle para que no entre a Lima. Después de algunas deliberaciones, finalmente decidieron escribirle una carta sugiriéndole retornara a España porque era lo mejor para todos. La escribió largamente el Oidor Cepeda y la firmó primero y luego 60 de los principales del Perú. También escribieron al Rey pidiéndole la confirmación del gobierno y ofreciéndole “el donativo de un gran tesoro para ayuda de las guerras contra los Luteranos”. A La Gasca le ofrecieron 50 mil pesos de oro o más si él lo pedía para que volviera contento a España.

La Gasca reveló sus poderes ilimitados otorgados por el rey y su empresa, usando su astucia e inteligencia, al primero que convenció fue al mismo Oidor Cepeda quien puso el ejército a su disposición y así empezó a armar una gran fuerza para enfrentar a Pizarro. Fue el inicio para que todos los lugartenientes de Pizarro se revelaran contra él, debilitando su poderío. Por lo que se sintió acorralado y decidió huir a Chile:

Salió de Lima en setiembre de 1547 con solo 500 hombres, y cuando llegó a Arequipa se le habían huido ya 20 de los principales. Hizo allí su consejo sobre dónde y por dónde habían de dirigir la marcha. Convinieron todos en que debían ir a Chile, para descubrir y conquistar por aquella parte países donde no hubiesen entrado jamás españoles, y vivir en ellos con entera independencia. (Velasco, 1841, p. 206)

Una vez ya en Chile, Pizarro consiguió aumentar su tropa reuniendo algunos vagos y fugitivos. Diego Centeno, que comandaba un pelotón de más de 1200 hombres, informado de la ubicación de Pizarro, dejó “el Desaguadero cortando su famoso puente y marchó con su ejército a Pucará, distante 15 millas de Guarina, donde acampaba Pizarro el 21 de octubre de 1547” (p. 207). Aunque muy enfermo, distribuyó los cargos y ordenó todo el campo de batalla. Pizarro no se acobardó al ver aquel ejército porque, si bien tenía la mitad de gente, se le había unido ya su maestro de campo, Francisco de Carvajal; además no tenía donde huir sin deshonor. Llegaron los dos ejércitos a un punto peligroso y decisivo y la destreza de Carvajal pudo más que el número del ejército de Centeno, logrando salir victorioso Pizarro.

Al mismo tiempo que Pizarro obtuvo la victoria de Centeno, el 21 de octubre de 1547, estaban prontos a llegar, por convocaría de La Gasca y en defensa del Rey, los Gobernadores y Lugartenientes de todo el Reino de Quito. Diego de Mora los esperaba en Cajamarca junto con otros varios oficiales. A los hombres que venían de Quito, en el trayecto del camino se sumaron de Mantá, Puertoviejo, Guayaquil, Valladolid, Loyola, Loja, Alausí, Riobamba, Chimbo, Latacunga, Quito, Pasto, Cali y Popayán. Con todo este ejército reunido, la batalla final se dio en Jaquijahuana, el lunes 9 de abril de abril de 1548:

... se vio al alba distribuido y puesto en orden todo el ejército de La Gasca. Obsérvalo Francisco de Carvajal, y dijo que solo el demonio o Pedro de Valdivia podía haberlo puesto en aquel orden. Ignoraba él que Valdivia hubiese salido de Chile y se hallase con La Gasca, e hizo por eso mismo su más cumplido elogio; porque fue quien realmente puso el ejército en aquella admirable armonía.

Mandó Pizarro al Oidor Cepeda que pusiese también en orden de batalla el suyo. Cepeda que no veía la hora de pasarse a La Gasca, y solo buscaba ocasión oportuna, logró esta. Alejóse un poco con el pretexto de buscar mejor sitio, y partiendo de carrera con unos negros suyos, se pasó al ejército contrario. Estando ya cerca de él, cayó con el caballo en un charco de agua, donde se habría ahogado si no lo hubiesen sacado prontamente sus negros. (Velasco de, 1841, pp. 210-211)

Se sabe la fecha de la batalla porque al ser decapitado Gonzalo Pizarro, según relata Juan de Velasco (1841, pág. 212) Su cabeza fue llevada y puesta en la plaza principal de la ciudad de Lima, sobre una pilastra de mármol, resguardada en contorno con fuerte reja de hierro, y con este epitafio: “Esta es la cabeza del traidor Gonzalo Pizarro, que dio la batalla campal en el valle de Jaquijahuana contra el real estandarte de su Señor, el día lunes 9 de abril de 1548”.

La cita en referencia de Juan de Velasco (1841, pp.210-211), específicamente de las últimas líneas, permite mostrar, una vez más, la participación de los negros en las batallas o guerras civiles; en este caso, tal como se advirtió anteriormente, en el ejército vencido, aunque, de acuerdo con lo que se puede leer, luego se pasaron al vencedor.

PARTICIPACIÓN DE LOS AFRICANOS AFRODESCENDIENTES EN LA FUNDACIÓN DE VILLAS Y CIUDADES

En cuanto a la fundación de algunas villas o ciudades coloniales, se ha podido obtener información de por lo menos tres en las cuales se registra la presencia de los afrodescendientes en sus fundaciones: Quito, Guayaquil y Loja.

De Quito sabemos que en el acta de fundación de esta ciudad constan Pedro Salinas y Antón de color negro. Efectivamente, en el Libro de *Actas de Cabildo de la Villa San Francisco de Quito 1534*, se encuentra una lista en la cual constan 204 fundadores de esta ciudad entre ellos: “anton de color negro” y “pedro salinas de color negro”. Además de la lista verificada en el libro de actas, en la iglesia La Catedral de la ciudad de Quito, ubicada en la Plaza Grande, diagonal a la Presidencia de la República se hallan empotradas en la pared siete placas con los nombres de los 204 fundadores de esta ciudad, en una de ellas se inscriben también los dos negros mencionados. La pregunta que emerge es: ¿Cómo es posible que los dos descendientes de africanos referidos consten en una lista donde se inscriben también los más ilustres de una ciudad, como sacerdotes y autoridades, si los negros durante los tres siglos (del XVI al XIX) que duró la esclavitud eran considerados como piezas u objetos? Es una pregunta que realmente invita a reflexionar. ¿Qué bondades poseían estos negros, será que se destacaron en alguna conquista, acaso eran ladinos, eran libertos, es decir no tenían amo?, muchas preguntas más se pueden derivar de este hecho las cuales resulta difícil responder dada la situación de sujeción y la época en la cual los negros eran, como ya se mencionó, cosificados y que como tal, eran comercializados como cualquier mercancía. Una posible respuesta, por lo menos de Pedro Salinas, nos ofrece Piedad y Alfredo Costales (1995) en *Viracochas y Peruleros*: “Salinas, pedro, negro. Debió haber sido hombre libre por contar con apelativo propio; tuvo vecindad en San Francisco de Quito no sabemos más, sino que vino con Alvarado” (Costales, 1959, p.145). Considero que es la respuesta más acertada a las interrogantes planteadas; con toda seguridad, Pedro y Antón fueron hombres libres, caso contrario, ni siquiera hubiesen estado presentes en la fundación de la Villa de San Francisco de Quito.

Por lo expuesto en la cita precedente y lo explicado por Saco, se podría inferir que tanto Pedro Salinas como Antón llegaron con Alvarado y que luego de cumplir con la misión, decidieron no acompañar más a Alvarado y quedases en Quito como vecinos de esta ciudad y libres de esclavitud, cosa que es realmente sorprendente. Se puede agregar también que, el hecho de haber sido parte del grupo de conquistadores ayudó a que sean inscritos en la lista como vecinos fundadores de esta villa. Jean Pierre Tardieu (2006), al manifestar que algunos de los negros libres y muchos esclavizados que llegaron con los conquistadores, empezaron a mezclarse con las indias, “en gran parte debido a la falta de mujeres de su propia raza”, da por hecho la presencia de negros libres en Quito, además, es lógico entender que entre los doscientos que llegaron con Alvarado todos eran hombres debido a la época machista, lo que explica también que tanto los negros libres como los esclavizados se mezclaran con las indígenas del lugar (Tardieu, 2006, p 198). Pero ¿qué implicaba en aquella época ser considerado “vecino”? Se reflexiona en las líneas a continuación.

Chaves y Payne (2018) acuñan que el concepto de “vecino” apareció por primera vez en Castilla, en el siglo XI, durante la llamada reconquista. Sostienen que originalmente se aplicó únicamente en los territorios de la península ibérica que estaban bajo control musulmán; para el siglo XIV la vecindad se había convertido en un contrato que implicaba ciertas obligaciones comunales como: “la residencia en la comunidad, la participación en las milicias, el pago de impuestos y otras contribuciones públicas. A cambio, los vecinos recibían veneficios tales como el uso de las tierras comunales; la capacidad de votar” (pp. 28-29). Además, en algunas comunidades, también podían ser electos para cargos municipales; también tenían derecho la participación en reuniones públicas o cabildos abiertos y, en algunos casos, a privilegios comerciales. En este sentido, la calidad de vecinos les garantizaba una distinción social y cultural a nivel local. Las autoras agregan que: “en el siglo XVI la vecindad o vecinazgo como vía de integración plena a una comunidad local se había generalizado a todo el territorio castellano y acabaría por trasplantarse a Hispanoamérica como resultado del proceso de invasión y colonización” (p. 29). Esto nos permite valorar que, tanto Pedro Salinas como Anton, al ser considerados como vecinos de Quito, tenían estos privilegios y por supuesto las obligaciones señaladas; además, seguramente fueron personas consideradas y destacadas que se ganaron el respeto en aquella sociedad en una época tan temprana.

Sobre esta línea, Francisco Núñez (2007), en su artículo: El concepto de vecino/ciudadano en el Perú (1750-1850), asocia la palabra vecino con ciudadano (ciudadano/vecino) y los vincula con “ciudadanos” o “derechos”. Así, manifiesta que “el uso tradicional de la dupla está referido a privilegios/derechos y cargas/deberes en la comunidad local, sin vínculo de nacimiento, sino de ocupación” (p. 3). Agrega que, durante el Virreinato del Perú, se trataba de una visión igualitaria de comunidad inserta en una sociedad jerárquica corporativa, en la cual un vecino es igual que otro vecino. En esta época, sostiene Núñez (2007), el reconocimiento de vecino/ciudadano se consolidaba sobre las bases del buen comportamiento; es decir, se consideraba un buen vecino/ciudadano aquel que contribuía con el desarrollo de su localidad y por supuesto, el buen comportamiento suponía, no alterar el orden público, al contrario, contribuir a mantenerlo.

En Guayaquil, fundada en 1534 (primera fundación) Ezio Garay (2010), afirma que los negros: “también fundaron, pacificaron y forjaron nuestra ciudad; de quienes injustamente se perdió su rastro y no se conserva ningún registro, salvo las menciones de ellos en las citas generalizadas de los cronistas de la conquista”. Se advierte entonces que los negros llegaron a esta ciudad desde su primera fundación, esto es 1534. Garay agrega que, a finales del siglo XVI e inicios del XVII Guayaquil ya contaba con un número importante de vecinos; para el año 1605 la población total de la Gobernación de Guayaquil era de 4.072 habitantes y de ellos 353 eran negros, correspondiente al 14,5%, entre los cuales habían 20 libres, 17 solteros y tres casados.

Es importante mencionar que Guayaquil fue y es hasta hoy una importante ciudad puerto ecuatoriana, en la que tempranamente se comercializaba con personas africanas, muchas de ellas libres y/o esclavizadas se dedicaban al comercio, y varios oficios; uno de ellos era la construcción naval que de acuerdo con Tardieu (2006), no solo se dedicaban a las actividades de astillaría, sino que, además, a cortar madera en los bosques ubicados en las peligrosas montañas y

a todo lo referente a la carpintería de ribera. Las mujeres también formaban parte de los navíos, eran utilizadas como cocineras, oficio en el cual preparaban los alimentos para toda la tripulación: piloto, maestre pasajeros y congéneres. Chávez (1994) destaca otras actividades: “minero, buzo, marinero, agricultor, sirviente doméstico, peón de fuerza, matarife, descuajador de bosques, hasta civilizarse en los oficios viles y manuales, seguir a regatón y corchete, ennoblecerse de carpintero de ribera, naviero, calafate, pescador, escudero y así llegar hasta liberto”. En esta variedad de actividades resalta que “Ellos constituyeron nuestros fuertes, combatieron con los piratas, apagaron nuestros incendios, cargaron a nuestros apestados, barrieron y pavimentaron las calles [...] fueron soldados” (p.181). Agrega que en las guerras fueron la base para que sus capataces o capitanes alcancen el “título de tenientes de morenos, o de pardos y este era el primer peldaño hacia la ciudadanía” (p. 186). Se muestra su presencia, no únicamente de hombres sino también de mujeres, en la fundación de esta ciudad, así como su arrojo y valentía para defenderla.

En cuanto a la Fundación de Loja, Pio Jaramillo Alvarado (2002), asevera que Loja fue fundada en 1548 por el capitán Alonso de Mercadillo, pero no hace referencia a que si hubo o no participación de los negros; sin embargo, se sabe que en el ejército de Pizarro hubo la participación de los negros, se evidencia cuando Pizarro doblegó al Virrey Blasco Núñez en la batalla de Ñaquito, en enero de 1546, en la que “Carvajal ordenó a un negro esclavo le cortara la cabeza al virrey; y luego de esta victoria, Pizarro mandó parte de sus hombres con el capitán Alfonso de Mercadillo, para que fundase en la provincia de la Zarza la ciudad de Loja” (Velasco de, 1841, p. 200). Es muy probable entonces que en ese grupo de hombres que Pizarro ordenó le acompañasen a Mercadillo, hayan ido algunos negros.

PARTICIPACIÓN DE LOS AFRICANOS Y AFRODESCENDIENTES EN LAS GUERRAS DE INDEPENDENCIA

En las guerras de independencia, muchas personas descendientes de africanos murieron por la libertad no solo de ellas y de su familia, sino de todo el país naciente; me atrevería a decir que no solo de nuestro actual Ecuador y de los países andinos sino de toda Latinoamérica. Frank Tannenbaum (1968), sostiene que “Los esclavos del Brasil que se incorporaron en el ejército para combatir en la guerra del Paraguay fueron liberados por decreto del 6 de noviembre de 1866 y de este modo conquistaron la libertad unos veinte mil negros” (p. 60). Agrega que, en Argentina, más de la mitad del ejército de San Martín que cruzó los Andes, estaba compuesta por negros libertos. En Perú, según Arrelucea y Casamalón (2015), también se enrolaron en el ejército liberal de Ramón Castilla que derrotó a José Rufino Echenique en 1854; esto fue fundamental para que semanas después, el 3 de diciembre del año señalado, Castilla decreta la libertad de los esclavizados. La participación de la población de origen africano en las guerras de independencia tanto de Brasil, Argentina y Perú, son solo una muestra de su contribución a la liberación de la Corona española en toda Latinoamérica.

En cuanto a Ecuador, a pesar de que los cronistas de la independencia no mencionan su

participación, se ha podido encontrar información y documentos que evidencian su contribución en el ejército de Simón Bolívar. La carta de Fermín Padilla encontrada en el Archivo Nacional de Ecuador en Quito, por ejemplo, es solo una pequeña muestra que prueba la participación de este grupo étnico en la Batalla de Pichincha del 24 de mayo de 1822, además, es bastante conocido que el ejército “Bolivariano”, estuvo compuesto mayoritariamente por personas de ascendencia africana, debido al ofrecimiento de obtener la preciada libertad de resultar victoriosos.

En alusión a la mencionada carta, Fermín Padilla fue un esclavizado que participó en los ejércitos libertarios, el 19 de junio de 1822 escribió una carta al general Simón Bolívar solicitando ser libre de esclavitud. Argumenta haber participado con el general Sucre en el sangriento combate de Pichincha peleando con valor y entusiasmo hasta lograr el glorioso triunfo que inmortalizó la felicidad no solo de los soldados sino de toda la patria.

En este sentido, es necesario recalcar que en el ejército de Bolívar varios afrodescendientes esclavizados formaron parte y murieron también por la independencia y libertad de la región. Javier Gomezjurado (2016), evidencia que algunos de los oficiales y comandantes de los ejércitos patriotas tenían descendencia africana, entre ellos los generales: Juan Otamendi Anangón, Fernando Ayarza, José Florentino Jiménez y Bartolomé Salom quien comandó el batallón Yaguachi en la batalla de Ibarra, entre otros. Inclusive, Gomezjurado manifiesta que, el mismo libertador Simón Bolívar, por parte de su bisabuela paterna Josefa Marín y Narváez, podría tener descendencia africana.

Conozcamos por lo menos a dos de los generales que lucharon en los ejércitos libertarios claramente identificados como afrodescendientes: el general Juan Otamendi Anangón y el general Fernando Ayarza.

Juan Otamendi Anangón

Nació en Caracas en 1798, hijo del clérigo español Antonio Otamendi, de la orden de los mercedarios, y de la negra esclavizada suya Teresa Anangón, que era todo en una sola persona para el presbítero: cocinera, lavandera, planchadora, ama de llaves y más. En la escribanía se la ha registrado como “Teresa Anangón, de la casa de Otamendi” (Donoso, 2006, p. 15).

Tuvo una niñez llena de necesidades, no sabía quién era su padre hasta cuando murió el presbítero Antonio Otamendi en 1816 y dejó una carta para Juan en la que le confesaba que era su padre; es a partir de entonces que adopta el apellido de Otamendi. Gracias a los buenos oficios de Matías Almeida Quezada, que de alguna manera se convirtió en su protector, a los diez y seis años trabajó en la única imprenta de Caracas que para entonces ya sabía las primeras letras. A los 19 años se enlista en el ejército de Bolívar, para lo cual abandonó la casa del presbítero porque consideró que no sería bien visto que siendo su padre un defensor del rey él luchara en un ejército contrario a los españoles. Su primera batalla como soldado del ejército libertador fue en Puerto Cabello, actual Venezuela, bajo las órdenes de Rafael Urdaneta (Donoso, 2006, pág. 44).

A decir de los esposos Costales, cuando Otamendi viene al Ecuador, en 1827, ostentaba el grado de capitán. Se ha enriquecido de la magnanimidad de Sucre y de la visión de Bolívar en

los combates porque a los dos sirvió con absoluta fidelidad, entereza y valor, aún a costa de su propia vida y satisfacción personal. “En el Ecuador, se ha vuelto sombra de Flores cuando la madures y experiencia toman parte fundamental de sus acciones y actitudes” (Costales, 1992, p. 69). Llegando a ser respetado por su valor, convicción y capacidad estratégica para dirigir los grupos y batallones bajo su mando.

Su Hoja de Servicios registra los siguientes ascensos:

Tabla 1 - *Ascensos de Juan Otamendi*

Año	Grado
1816	Sargento Primero
1822	Subteniente
1824	Teniente
1827	Capitán
1829	Segundo comandante
1830	Primer comandante
1831	Coronel
1834	General de Brigada

Fuente: Costales, 1992, p. 70.

En la hoja de servicios también se menciona que participó en los siguientes cuerpos o batallones: Dragones de Cumaná, a mando del coronel Francisco Montes; Batallón Valeroso a órdenes del coronel Agustín Armanco; Batallón “Restaurador” a órdenes del comandante Carbonell; Batallón Orinoco, a órdenes del teniente coronel Carlos Nantes; Batallón Apure, a órdenes del coronel Francisco Torres; Segundo Batallón auxiliar del Perú, a órdenes del comandante Monsum; Batallón Caracas, a órdenes del coronel Endara; Batallón Granaderos de la guardia, a órdenes del coronel Portocarrero; en el Estado Mayor General del Ecuador, como edecán del General Flores; en el regimiento de lanceros del Ecuador, como su primer jefe. En las batallas del Perú, participó en los ejércitos comandados tanto por Sucre como por Bolívar y Flores (Costales, 1992, p. 71).

Entre sus acciones distinguidas se destacan: a más de su valerosa y heroica participación en los batallones mencionados, la persecución y destrucción de los batallones Vargas y Flores (El primero en octubre de 1831 en Quito y el segundo en agosto de 1832 en Latacunga), Paso del Salado, combate de la Matanza donde recibió una bala en el lado izquierdo de su pecho. En la batalla de Guayaquil, cuando esta fue tomada por la escuadra peruana, recibió un metrallazo en la muñeca izquierda. Por sus destacados combates, recibió condecoraciones como: Estrella de los Libertadores de Venezuela, medalla del Sitio de Callao, busto de su excelencia el Libertador y medalla de Tarqui (p. 72).

Por su distinción en las batallas de Junín, Ayacucho y el sitio del Callao, recibe la nominación de Segundo comandante, grado con el que pelea en la Batalla de Tarqui, en 1829, y al lado de Flores, en la Batalla de Caras. “Cuando su paisano y amigo, el General Juan José Flores, es nominado jefe del Departamento del Sur y luego presidente de la nueva República del Ecuador, recibe el nombre de Primer comandante y como tal sirve de edecán” (Costales, 1992, p. 73). Por las

acciones de valor y pericia demostradas durante la persecución y destrucción de los Batallones Vargas y Flores (que se alzaron contra el Gobierno) el 20 de enero de 1831 asciende al grado inmediato superior de coronel y el 9 de septiembre, cuatro semanas antes de la batalla de Miñarica, es ascendido a General de Brigada, grado que ostentó hasta el día de su muerte en 1845. Al igual que Flores, tuvo la nacionalidad ecuatoriana por “servicios distinguidos en la independencia” y por haberse casado con una ecuatoriana. Son las historias sobre la participación de los afrodescendientes en las guerras de independencia que han salido a la luz en el siglo XX.

Otamendi, al formar parte de los ejércitos libertadores o patriotas, también se constituye en un libertador. Luchó por la libertad de los cinco países andinos: Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú y Bolivia; su *Hoja de servicios* así lo confirma. “En el Ecuador se destacan las batallas de: Tarqui, Guayaquil, el Estero Salado, Buijo, Imbabura, Cuenca, Manabí, Miñarica, Latacunga, Babahoyo, y aún en los pueblos más significantes” (Costales, 1992, p.75).

Fernando Ayarza

De acuerdo con el relato de Efrén Avilés Pino³, Fernando Ayarza nacería en Portovelo, Panamá por el año de 1800, mulato que llegó a Guayaquil en 1821 como subteniente al mando del batallón “Alto Magdalena” enviado por Simón Bolívar para respaldar a los Guayaquileños quienes habían proclamado su independencia con la Revolución del 9 de octubre de 1820.

Combatió en casi todas las batallas por la independencia hasta culminar dos años después en Pichincha, el 24 de mayo de 1822, como oficial del batallón Paya bajo las órdenes del general José María Córdova. En lo posterior, continuó luchando en las filas patriotas, en las que ganó ascensos y honores, hasta finalizar la campaña independentista en la histórica batalla de Ayacucho. Siguió a Sucre en la independencia de Bolivia, en la batalla final del 9 de abril de 1825 y luego regresó, en octubre del mismo año, a Guayaquil.

Pocos años después, al instaurarse la República del Ecuador en 1830, la adoptó como su verdadera patria y se puso bajo las órdenes del general Juan José Flores. El 19 de enero de 1835, luchó junto a Flores en la sangrienta batalla de Miñarica para imponer en el gobierno al Dr. Vicente Rocafuerte, luego de la cual fue ascendido al grado de coronel.

Durante quince años sirvió lealmente bajo las órdenes del general Flores. Pero los conspiradores del gobierno lo querían tenerlo en su grupo como parte de un plan para acabar con la presidencia de Flores. No obstante, en opinión de Pedro Aguilar (1886):

El comportamiento de este coronel, primer Jefe de Artillería en esta plaza, fue más decente y delicado de lo que se supone. Cuando sus amigos trataban de persuadirle a que tomara parte en el movimiento revolucionario, les contestaba: “mientras yo tenga fuerzas bajo mis órdenes, no “ deben Uds. contar conmigo, pues yo no soy capaz de “traicionar al Gobierno.” Tan decidida negativa determinó a los conspiradores a valerse de un ardid que les produjo el éxito deseado. (Aguilar, 1886, p. 6)

3 Efrén Avilés Pino miembro de la Academia Nacional de Historia del Ecuador (designado en 2003) y autor de varias obras relacionadas con su área. La cita en referencia ha sido tomada de Enciclopedia del Ecuador, del link: www.encyclopediadelecuador.com

Uno de los conspiradores, continua Aguilar, amigo de Ayarza, y que aparentaba ser leal al gobierno de Flores, se acercó al comandante General del Distrito de Guayaquil, general T. C. Wrigth, y haciéndole ver que el conservar al coronel Ayarza en el mando de la Artillería era precipitar la revolución y que la mejor prueba de esto era el empeño de Ayarza en que Jado guarde prisión en el cuartel de su mando. Convencido de esta artimaña, al día siguiente el general Wrigth destituyó a Ayarza de su cargo y nombró en su lugar el teniente coronel Miguel Barceló. Los conspiradores consiguieron su objetivo Ayarza se unió al partido de la revolución del modo más decidido y con la lealtad que le era característica (p. 7). De esta manera tomó parte de la Revolución del 6 de marzo de 1845 de Guayaquil en contra del gobierno del general Juan José Flores. Ya en este bando, en mayo Ayarza participó activamente en los enfrentamientos en la Elvira contra Flores y Otamendi. En 1846 fue general en jefe de las fuerzas que resguardaban la frontera con Colombia. En 1847 fue comandante de la plaza de Quito.

En 1859 fue nombrado Segundo jefe del Ejército Nacional, y tuvo una nueva oportunidad de demostrar su amor al país y especialmente a Guayaquil. Un año más tarde fue acusado de conspirar contra el gobierno provisorio que integraron García Moreno, Pacífico Chiriboga y Jerónimo Carrión; el 21 de abril fue arrestado en su casa, puesto grilletes y conducido al cuartel. De allí le sacaron al día siguiente al patio donde estaba García Moreno, quien lo interrogó con palabras no dignas para un personaje leal y respetado; como Ayarza se declaró inocente, el citado jefe Supremo ordenó quitarle la camisa y propiciarle quinientos azotes. Antes que iniciase el castigo, el veterano quiso suicidarse, luego ordenó que le dispararan cuatro balazos, pero todo fue vano.

El oficial Parra le aconsejó que acepte que estaba comprometido en la conjuración con el Dr. Marco Espinel y que será libre. La respuesta fue: "Jamás he mentido, ni aún contra mí mismo, menos podré calumniar a personas inocentes". Gracias a la intervención de Roberto Ascázubi, no se le propinó los quinientos latigazos, se interpuso cuando apenas le habían propiciado los cinco primeros. Por lo que fue enviado nuevamente a su celda. Pero lo volvieron a castigar y cuando le habían propinado treinta y cinco azotes más, apareció el triunviro Manuel Gómez de la Torre que arrojó su capa sobre la espalda de Ayarza y obtuvo que se suspendiera tan bárbara escena.

García Quevedo, interpuso sus oficios para la suspensión definitiva de la pena, lo sacaron a la calle. Desde ese día Ayarza no fue el mismo, pareciera que el ultraje y la humillación recibida lo hubieran herido de muerte. Cuatro meses después, el 21 de agosto, a la una de la tarde, mientras paseaba detrás de la muralla de San Francisco en unión de sus hijas Gertrudis y Marías se desplomó al suelo como herido por un rayo. Cuando lo recogieron estaba muerto.

Así terminó su vida un oficial de los ejércitos libertarios que, sin haber nacido en el Ecuador, dio tanto por su independencia y el orden social. A pesar de los denigrantes azotes ordenados por García Moreno, murió siendo leal, asimismo, dejando un legado de honor a la patria que le cobijó y a los afrodescendientes. Su nombre y sus batallas son hechos que se deben incorporar en la historia del Ecuador.

¿Cómo estaba integrado el ejército de Bolívar? Indiscutiblemente por campesinos, indígenas y afrodescendientes que constituían el grueso del ejército. En cuanto a los afrodescendientes, sabemos que Bolívar, antes de obtener los triunfos, tuvo muchos fracasos y hubo un momento que se sintió derrotado. Casi ya sin saber qué hacer, viajó a Haití a conseguir ayuda del Rey Petión. Alexander Petión no solo le apoyó con hombres y armamento sino también con estrategias militares claves para los triunfos a cambio de que liberara a los negros de la esclavitud. Efectivamente, cumpliendo este compromiso, de acuerdo con Gomezjurado, Bolívar expidió su primera proclama de liberación de los esclavizados en junio de 1816, esto fue un impulso muy fuerte para que los descendientes de africanos participen masivamente en los combates; aunque por razones sociopolíticas, Bolívar no cumplió en su totalidad su compromiso con Petión.

En referencia a la Batalla de Ibarra librada el 17 de julio de 1823, en *Documentos referentes a la Batalla de Ibarra*, Gangotena y Jijón (1923), menciona que antes de marchar a esta contienda militar, Bolívar organizó su ejército el 12 de julio en Guayllabamba en tres secciones: Guías de la Guardia y Batallón Yaguachi al mando del general Salom; Granaderos a Caballo y compañías del Batallón Vargas bajo las órdenes del general Barreto y la tercera, la artillería y el Batallón Quito al mando del general Maza. El ejército estaba conformado por 1.500 hombres; con toda seguridad, cientos de afrodescendientes integraron ese ejército, pero en los informes del triunfo ni siquiera se menciona su participación. Ellos son los elementos faltantes por lo que hoy los afroecuatorianos decimos que la historia de nuestra patria es incompleta.

Un aspecto importante a reconocer es que, los descendientes de africanos, desde su llegada ya fueron identificados como entes resistentes, con una gran fortaleza física, acostumbrados a soportar hambre y necesidades e inclusive climas hostiles y enfermedades introducidas por los españoles; características que, sumado a su arrojo, fueron una falange muy importante en el campo de batalla.

CONCLUSIONES

En el desarrollo de este trabajo, se puede advertir que los africanos y afrodescendientes participaron en todas las batallas y guerras, sean en la conquista, guerras civiles, e independencia, con la participación también de las mujeres. En las fundaciones de las villas y ciudades, aunque su presencia no se ha registrada, excepto en el acta de fundación de Quito, por el mismo hecho de acompañar a capitanes y lugartenientes, su presencia es innegable.

Los casos de los generales Juan Otamendi Anangón y Fernando Ayarza, son solo dos de varios, que comprueban con argumento que hubo oficiales afrodescendientes al mando de grandes ejércitos. Sin embargo, en el sistema educativo nacional no nos han contado porque la historia se centra en glorificar a los héroes y líderes blanco-mestizos.

Debido al estado de sujeción que se encontraban los afrodescendientes, eran manejados de acuerdo a la ideología e interés de su dueño. A esto se debe que haya participado en los dos bandos, es decir, en los ejércitos libertarios o patriotas y en los ejércitos realistas, a favor del rey.

La inscripción de Pedro Salinas y Antón “de color negro” en la lista de fundadores de Quito es un hecho indudable, pero a la vez impresionante. Se puede deducir que definitivamente eran libres y el ser considerado como vecinos de Quito tenían privilegios y obligaciones.

Finalmente, lo que en este trabajo se ha expuesto son gestas que en la escuela no nos han contado y que tampoco la están contando a los niños y niñas de la presente generación. De tal manera, este artículo es un llamado de atención a las autoridades educativas del Ecuador y por qué no de Latinoamérica a que incluyan estos hechos en la historia oficial de los respectivos países.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUILAR, P. (1886) *El Ecuador de 1825 a 1875, sus hombres, sus instituciones y sus leyes*. Imprenta nacional.
- Ayala Mora, E. (2004) *Ecuador Patria de todos. Manual de cívica*. Corporación Editora Nacional.
- ARRELUCEA M. Y CASAMALÓN J. (2015) *La presencia afrodescendiente en el Perú. Siglos XVI-XX*, Servicios Gráficos JMD S. R. L., Lima.
- BOZA A. Del “vecino” colonial al “ciudadano” de la república: Costa Rica, 1810-1830. En Chaves y Payne, Comp. *Reflexiones en tono al Bicentenario de las Independencias Centroamericanas: independencias y formación de los estados nacionales, 1821-1860*. Primera edición, Alajuela, Costa Rica: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2018, pp. 21-46.
- CABELLO BALBOA, M. (1945) Verdadera descripción y relación de la provincia y tierra de las Esmeraldas, contenida desde el Cabo llamado de Pasao hasta la Bahía de Buenaventura que es en la costa del Mar del Sur, en el reino del Perú. En Jijón y Caamaño J. (Ed.) Quito: *Obras Miguel Cabello Balboa* (Volumen I, pp. 1-55). Editorial Ecuatoriana.
- CHÁVEZ M. (1944) *Crónicas del Guayaquil antiguo*, Guayaquil, Talleres Municipales.
- DONOSO, J. (2006) *Entre Bolívar y Otamendi*. Corporación Editora Manuel Andes.
- GANGOTENA, C. (1923) *Documentos referentes a la Batalla de Ibarra*. Talleres Tipográficos Nacionales.
- GARAY ARELLANO, E. (2010) Los negros en Guayaquil (1535-1852). En Archivo Histórico del Guayas, Guayaquil: *Para la Historia de Guayaquil*, (pp. 55-94) Talleres Gráficos del Archivo Histórico del Guayas.
- GOMEZJURADO ZEVALLOS J. (2016) *Combatientes negros en la independencia de la región de Quito*. Academia Nacional de Historia del Ecuador.
- GONZÁLEZ SUÁREZ, F. (1890) *Historia General de la República del Ecuador (Tomo I)*. Editorial del Cardo.
- NEVARES, B. (2020) *Así nos contaron la historia de Esmeraldas*. Academia Nacional de Historia del Ecuador.
- NÚÑEZ F. El concepto de vecino/ciudadano en el Perú (1750-1850) *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, Nro. 17, pp. 235-253, mayo. 2007.
- PEÑAHERRERA DE COSTALES, P. Y COSTALES SAMANIEGO, A. (1980) *Otamendi: El centauro de évano*. Xerox del Ecuador.
- PEÑAHERRERA DE COSTALES, P. Y COSTALES SAMANIEGO, A. (1995) *Viracochas y Peruleros*. Xerox del Ecuador.
- SACO, J. A. (1979) *Historia de la esclavitud de la raza africana en el nuevo mundo y en especial en los países Américo-Hispanos* (Tomo I). Imprenta de Jaime Jepús.
- TANNENBAUM, F. (1968) *El negro en las Américas. Esclavizado y ciudadano*. Paidós.
- TARDIEU, J. P. (2006) *El negro en la Real Audiencia de Quito. Siglos XVI – XVIII*. Ediciones Abya-Yala.

VELASCO DE, J. (1841) *Historia del Reino de Quito en América Meridional* (Tomo III). Imprenta de Gobierno.

FUENTES PRIMARIAS

Archivo Metropolitano de Historia de Quito (AMHQ), *Actas de Cabildo de la Villa de San Francisco de Quito*, 1534, página 51.

Archivo Nacional de Ecuador (ANE), Quito, Fondo Especial, Serie Presidencia de Quito, Caja 241, Volumen 599 (Antiguo Volumen 5) folio 106, año 1822. (Carta de Fermín Padilla)